

Consejo, de la que es presidente M. Ardouin y magistrados consejeros los señores Pataille, Moreau, Delapalme y Cauchy, el 2 de Diciembre de 1851.

Los dos suplentes se prestaron á firmar el decreto, pero el presidente no quiso admitir más firmas, porque las de los suplentes eran inútiles estando el tribunal completo.

La una seria cuando acabaron de extenderlo, y comenzó á correr por palacio la noticia de que algunos miembros de la Asamblea habian publicado un decreto destituyendo á Luis Bonaparte; uno de los magistrados, que salió durante la deliberacion, volvió á entrar trayendo esta noticia á sus colegas. Esto coincidió con un exceso de energía. El presidente esplanó la idea de que convendría nombrar un procurador general.

La dificultad estaba en la persona que habia de nombrarse. En todos los procesos precedentes se habia elegido siempre para procurador general del Tribunal Supremo al procurador general del tribunal de Apelacion de Paris, y no habia por qué variarlo ahora. Entonces era procurador general M. Royer, que tambien fué guarda-sellos de Bonaparte. Esta nueva dificultad promovió larga discusion.

Para conseguir que aceptara el señor Royer, M. Ardouin aceptó la comision de ofrecerle el cargo. Para esto solo tenia que atravesar la galería Merciere. El señor Royer estaba en su despacho y el ofrecimiento le disgustó en gran manera. Le sorprendió semejante proposicion, porque aceptar era serio y renunciar era grave.

La traicion venia envuelta en el ofrecimiento. El 2 de Diciembre á la una de la tarde el golpe de Estado era todavía un crimen, y M. Royer, no sabiendo si saldria triunfante la alta traicion, se aventuraba á calificarla en sus adentros, y bajaba los ojos con cierto pudor ante la violacion de las leyes, á la que, tres meses más tarde, muchas togas, incluso la suya, prestaron juramento. Pero su indignacion no llegaba hasta el punto de acusar. La acusacion habla en alta voz, y el señor Royer solo murmuraba sordamente, porque estaba perplejo.

M. Ardouin comprendia perfectamente esta situacion, y le pareció que era abusivo insistir, por lo que se retiró.

Volvió á la sala donde sus colegas le esperaban.

Entre tanto el comisario de policia del Arsenal habia vuelto á palacio, consi-

guiendo por fin desenterrar al Tribunal Supremo, segun su propia frase. Penetró hasta la habitacion del Consejo de la sala Civil; allí solo encontró los agentes que estaban desde por la mañana. A un joven que pasaba por allí le preguntó el comisario por el Tribunal Supremo.—“Qué es eso del Tribunal Supremo?,” La casualidad hizo que el joven viera al bibliotecario, que llegaba. Entonces cambiaron algunas palabras el señor de Deveners y el comisario.

—Por quién preguntais?

—Por el Tribunal Supremo.

—Quién sois?

—Os pregunto por el Tribunal Supremo.

—Está en sesion.

—Dónde?

—Allí.

El bibliotecario le indicó la puerta de la sala.

—Está bien, le contestó el comisario.

No dijo ni una palabra más y se internó en la galería Merciere.

Solo le acompañaban en aquel momento algunos agentes.

El presidente estaba dando cuenta á los otros magistrados del Tribunal Supremo de la visita que acababa de hacer al procurador general.

Bruscamente oyeron ruido de pasos y de tumulto en el corredor que conduce desde la cámara del Consejo á la sala donde estaban deliberando. La puerta se abrió bruscamente. Aparecieron en la sala bayonetas y en medio de ellas un hombre con el paletó abrochado y con fajin tricolor sobre el paletó.

Los magistrados lo vieron con asombro.

—Señores, les dijo aquel hombre, disolveos en seguida.

El presidente Ardouin, poniéndose en pié, exclamó:

—Qué quiere decir esto? Quién sois? Sabeis con quién hablais?

—Lo sé. Sois el Tribunal Supremo y yo el comisario de policia.

—Y qué?

—Disolveos.

Entraron en la sala treinta y cinco guardias municipales, que iban mandados por un subteniente, y llevaban el tambor delante.

—Pero... dijo el presidente.

El comisario le interrumpió, diciendo estas palabras textuales:

—Señor presidente, no trato de entablar una lucha oratoria con vos. He reci-

bido órdenes y os las trasmito. Obedeced.

—A quién?

—Al prefecto de policia.

El presidente hizo la pregunta extraña que implicaba la aceptacion de una orden:

—Llevais el mandato?

El comisario le respondió:

—Sí.

Entregó un papel al presidente.

Los magistrados estaban pálidos.

El presidente desdobló el papel y leyó lo siguiente:

“Orden de disolver el Tribunal Supremo, y en el caso de resistencia, de prender á los señores Beranger, Rocher, de Boisseux, Pataille y Hello.”

Volviéndose hácia los magistrados, el presidente añadió:

“Firmado: MAUPAS.”

Despues, dirigiéndose al comisario, añadió:

—Estos nombres no son los nuestros. Los señores Beranger, Rocher y de Boisseux están ya retirados y no pertenecen al Tribunal Supremo y el señor Hello ha muerto.

Efectivamente, el Tribunal Supremo era temporal y renovable; el golpe de Estado rasgaba la Constitucion, pero no la conocia. El mandato que firmó Maupas solo era aplicable al Tribunal Supremo anterior. El golpe de Estado se habia provisto de una lista antigua. Aturdimiento de asesinos.

—Señor comisario de policia, repitió el presidente, os digo que esos no son nuestros nombres.

—Me es igual, replicó el comisario, que el mandato se refiera ó no se refiera á vosotros; si no disolveis el tribunal, os prendo á todos.

Y añadió:

—En seguida.

Los magistrados callaron: uno de ellos tomó de la mesa una hoja volante, que era el decreto que habian redactado, la guardó en el bolsillo y salieron de la sala.

El comisario, indicándoles la puerta que guardaban las bayonetas, les dijo:

—Por ahí.

Salieron por el pasillo entre dos filas de soldados. El peloton de la guardia republicana los escoltó hasta la galería de San Luis. Allí se les dejó en libertad. Eran las tres próximamente.

Mientras esto sucedia en la biblioteca, allí al lado, en la antigua Cámara del Parlamento, estaba reunido el tribunal de Casacion y juzgaba como de ordina-

rio, sin apercibirse de nada de lo que pasaba cerca de él. Es preciso convenir en que la policia tiene mal olfato.

Acabemos ya de ocuparnos del Tribunal Supremo.

Por la tarde los siete magistrados se reunieron en casa del que se llevó el decreto; levantaron acta y redactaron una protesta.

Si el Tribunal Supremo en el momento de reunirse hubiera querido cumplir con su deber, se hubiera constituido en pocos momentos, hubiera procedido resuelta y rápidamente, hubiera nombrado procurador general á un hombre enérgico, pudiendo disponer en el tribunal de Casacion del Estado de Freslou y en la Audiencia de Martin de Estrasburgo. Fijándose en el artículo 68, y sin esperar los actos de la Asamblea, hubiera dado un decreto calificando el crimen, hubiera lanzado contra el presidente y sus cómplices un auto de prision y puesto en depósito la persona de Luis Bonaparte. El procurador general por su parte hubiera tambien dictado un mandato de prision, y todo esto podia haberse hecho antes de las once y media, hora en que no se habia practicado aun ninguna tentativa para disolver al Tribunal Supremo. Cumplidos estos primeros acuerdos, podian los magistrados haber salido por la puerta secreta que comunica con la sala de conferencias, bajar á la calle y proclamar su decreto á la faz del pueblo; á esta hora no hubieran encontrado ningun obstáculo. En último caso debieran reunirse con sus trajes de ceremonia en la Sala Capitular y con todo el aparato de la magistratura, y al presentarse el agente y los soldados, exhortar á éstos, que hubieran obedecido quizás, y prender al agente; y si esto no hubieran podido conseguir, dejarse llevar solemnemente á la prision, para que el pueblo viese por sus propios ojos y en las calles que el golpe de Estado asentaba su pié fangoso sobre la toga venerable de la justicia.

XII.

La Alcaldía del 10.º distrito.

Los representantes que salieron de casa M. Daru se reunieron en la calle á deliberar; eran ya en gran número. Podian en menos de una hora, citando á domicilio solo la orilla izquierda y atendiendo á la urgencia del caso, reunir más de trescientos miembros. La dificultad estaba en encontrar un sitio en don-

de poder reunirse. Después de largo debate decidieron reunirse en la Alcaldía del 10.º distrito, por contar con la décima legión, que mandaba el general Lauriston.

Tomada esta decisión, se encaminaron al indicado punto.

Como ya sabemos, M. Daru habitaba en la calle de Lille, situada en las inmediaciones de la Asamblea. Todo el trecho de dicha calle que media entre su casa y el palacio de Borbon lo ocupaba la infantería. El último peloton obstruía su puerta por la parte derecha, pero no por la izquierda. Cuando los representantes salieron de casa M. Daru se marcharon por la calle de los Santos Padres y dejaron los soldados a sus espaldas. Si se hubieran dirigido a la izquierda hubieran encontrado obstáculo.

Otros representantes iban acudiendo a engrosar el grupo de los primeros. Como la mayor parte de los miembros de la derecha se hospedaban en el barrio de Saint-Germain, el numerosísimo grupo casi se componía de representantes de la mayoría.

Al llegar a la esquina del muelle de Orsay se encontraron con algunos miembros de la izquierda, que se habían reunido cerca de la salida del palacio de la Asamblea y que estaban deliberando; éstos eran Esquirós, Marc Dufraisse, Víctor Hennequin, Colfauru y Chamiot.

Se acercaron unos a otros, y Marc Dufraisse preguntó al grupo más numeroso:

—Dónde vais?

—A la Alcaldía del 10.º distrito.

—Qué pensáis hacer?

—Decretar la destitución de Luis Bonaparte.

—Y después?

—Después, volver en masa al palacio de la Asamblea, abriéndonos paso a la fuerza, y desde lo alto de la gradería leer a los soldados el decreto de disolución.

—Pues estamos conformes, dijo Marc Dufraisse.

Los cinco miembros de la izquierda siguieron a alguna distancia al grupo numeroso de representantes. Las dos fracciones de la Asamblea, que estaban representadas en esta improvisada reunión, se dirigieron a la citada Alcaldía sin confundirse, cada una por un lado de la calle. Por casualidad los miembros de la mayoría tomaron la derecha y los de la minoría la izquierda.

Ninguno de ellos llevaba banda y no podía ser conocido por ningún signo ex-

terior. Los transeúntes les contemplaban sorprendidos, no comprendiendo sin duda lo que significaba aquella procesión de hombres silenciosos que pasaba por las solitarias calles del barrio de Saint-Germain. Parte de la población de París no conocía aun el golpe de Estado.

Considerada estratégicamente como punto de defensa, la Alcaldía del 10.º distrito no era una elección acertada. Radicaba en una calle estrecha en el corto trayecto de la calle Grenelle-Saint-Germain, que media entre la calle de los Santos Padres y la del Sepulcro, cerca de la encrucijada de la Cruz Roja, a la que las tropas podían llegar por muchos puntos.

La Alcaldía del 10.º distrito, encerrada y bloqueada por todas partes, era mezquina ciudadela para que se pudiera defender la representación nacional atacada: verdad es que no pudo elegir ciudadela, como más tarde no pudo elegir general.

La entrada en la Alcaldía pareció de buen augurio. Abrieron a los representantes la puerta-cochera grande, que estaba cerrada. El puesto de guardia nacional, que constaba de veinte hombres, tomó las armas y rindió a la Asamblea los honores de ordenanza. Entraron los representantes, y un dependiente les recibió con respeto en el umbral de la Alcaldía.

—Está sitiado el palacio de la Asamblea, dijeron los representantes, y venimos a deliberar aquí.

El dependiente les condujo al primer piso y mandó que se les abriera la gran Sala Capitular. Los guardias nacionales gritaron:—Viva la Asamblea nacional!

En cuanto entraron en dicha sala los representantes, mandaron cerrar la puerta; la multitud empezaba a agruparse en la calle dando vivas a la Asamblea. Entró tanta gente extraña en la Alcaldía, que, temiendo una invasión, colocaron dos centinelas en una puerta lateral que dejaron abierta, con la orden de permitir solo la entrada a los miembros de la Asamblea que fuesen acudiendo; cuando llegaron a la Alcaldía los representantes eran menos de trescientos, pero excedieron de ese número más tarde. Eran sobre las once de la mañana.

Ocurrió el primer incidente. El representante de mayor edad de la reunión era M. Keratry, a quien correspondía presidir. Los representantes reunidos en la sala le designaban para la presiden-

cia, pero algunos representantes de la izquierda, que se habían quedado en el patio, no estaban muy conformes con este nombramiento.

Marc Dufraisse se acercó a Julio de Lasteyrie y a Leon de Maleville, que se habían quedado en el patio con los representantes de la izquierda, y les preguntó:—¿Qué piensan arriba? ¿Nombrar presidente a Keratry? Su nombre asustará al pueblo, como el mío asustaría a la clase media.

Un miembro de la derecha, M. de Keranflech, apoyó la objeción, diciendo:—Además, Keratry tiene ochenta años y es locura querer que presida a esa edad y en tan críticas circunstancias.

Esquirós replicó:

—Eso no es razón; tener ochenta años da respetabilidad y fuerza.

—Cuando no se conocen, contestó Coltasru, pero Keratry se conoce que los tiene.

—Son grandiosos los grandes octogenarios, repuso Esquirós.

—Es agradable el ser presididos por Nestor, añadió Chamiot.

—Pero no por Geronte, replicó Víctor Hennequin.

Esta palabra puso fin al debate y descartó la candidatura de Keratry. Leon de Maleville y Julio de Lasteyrie, que eran dos diputados respetables para todos los partidos, se encargaron de hacer comprender esto a los miembros de la derecha, y decidieron que presidiera la mesa; de ella había en la reunión cinco individuos; dos vicepresidentes, los señores Benoist y Vitet, y tres secretarios, los señores Grimault, Chapot y Moulin.

Un ujier se presentó en la galería y dijo en alta voz como de costumbre:

—Señores representantes, a la sesión.

Este ujier, que pertenecía a la Asamblea, la siguió y compartió con ella su suerte todo el día.

Al llamamiento del ujier, los representantes que estaban en el patio, entre los que se encontraba el vicepresidente M. Vitet, subieron a la sala y se abrió la sesión.

Esta sesión fué la última que la Asamblea celebró en las condiciones ordinarias.

La izquierda, como ya hemos visto, recobró intrépidamente el poder legislativo, añadiéndole el deber revolucionario; celebráronse en mesa, sin ujier y sin secretarios redactores, sesiones que carecen del sello fiel y frío de la taquigrafía,

pero que viven en nuestros recuerdos y que la historia no olvidará.

Dos taquígrafos de la Asamblea, Grosselet y Lagache, asistieron a la sesión de la Alcaldía del 10.º distrito y pudieron transmitirla. La censura del golpe de Estado victorioso truncó el acta de dicha sesión é hizo que publicaran sus historiográficos su versión mutilada, dándola como exacta. Nada significa una mentira más. Esta relación taquigráfica corresponde al legajo del 2 de Diciembre, y es una de las piezas capitales del proceso que el porvenir instruirá. Se leerá en las notas de este libro el documento completo. Los párrafos entrecortados son los que suprimió la censura de Bonaparte. La supresión basta para comprender su significación y su importancia.

La taquigrafía lo reproduce todo, excepto la vida. La taquigrafía solo es un oído; oye, pero no vé; es, pues, necesario llenar las lagunas inevitables del acta taquigráfica.

Para formarse idea completa de esta sesión es preciso imaginarse cómo era la sala principal de la Alcaldía; formaba una especie de cuadrilongo, al que daban la luz por la derecha cuatro ventanas que caían al patio, y a la izquierda había, a lo largo de la pared, varias filas de bancos, que instalaron instantáneamente, y en donde se colocaron los trescientos representantes que se reunieron por casualidad. Apenas había algunos sentados; los de delante estaban de pie y los de detrás encima de los bancos. Había aquí y allá colocadas algunas mesas. Por el centro iban y venían algunos representantes. En el fondo y al extremo opuesto de la puerta sobresalía una mesa larga, rodeada de bancos, que ocupaba toda la anchura del salón, detrás de la que se sentaban los individuos que componían la presidencia. Los secretarios escribían de pie. Algunas veces los dos vicepresidentes se encaramaban en los bancos para que les vieran mejor de todos los puntos de la sala. Cubría la mesa un tapete de paño verde, viejo y manchado de tinta; en ella había colocados tres ó cuatro tinteros y una mano de papel esparcida, para escribir los decretos a medida que se iban dictando, cuyas copias así se podían multiplicar. Algunos representantes se convirtieron en secretarios improvisados y ayudaban a los secretarios oficiales.

Recordemos que casi todos los miembros presentes pertenecían a la derecha,

El primer momento fué trágico y Berryer rayó á gran altura; de éste, como de todos los improvisadores sin estilo, solo quedará un nombre muy discutible; Berryer fué más un abogado litigante que un orador perfecto. Aquel día estuvo breve, lógico y grave.

Empezó la sesion por este grito:

—Qué hacemos?

—Una declaración, dijo M. de Falloux.

—Una protesta, repuso M. de Flavigni.

—Un decreto, replicó Berryer.

En efecto, una declaración era viento; una protesta era ruido; un decreto era un acto. Uno de los representantes preguntó:

—Qué decreto?

—El de destitucion, contestó Berryer.

La destitucion era el límite extremo de la energía de la derecha. Más allá de la destitucion, solo faltaba colocarle fuera de la ley; la derecha solo pudo hacer lo que hizo; la izquierda debía ir más allá, y la izquierda fué en efecto la que puso fuera de la ley á Luis Bonaparte. Así lo hizo en su primera reunion de la calle Blanche, como veremos más tarde. Con su destitucion terminaba la legalidad, y declarándole fuera de la ley empezaba la revolucion. Los principios de la revolucion son la consecuencia lógica de los golpes de Estado. Cuando votaron la destitucion, Quintin Banchart, que despues ha sido traidor, gritó:—“Firmémosla todos.” Todos la firmaron. Odilon Barrot y Antony Thouret entraron y firmaron tambien. De repente M. Piscatory penetró en la sala anunciando que el alcalde se negaba á permitir la entrada á los representantes que iban llegando.—“Mandémoslo por medio de un decreto,” dijo Berryer. El decreto se votó, y gracias á él pudieron entrar Fabreau y Monet, que venian del palacio legislativo y que refirieron la cobardía de M. Dupin. M. Dahirel, que era uno de los directores de la derecha, estaba indignado y decia:—“Nos han dado bayonetazos.” Varias voces gritaron:—“Llamemos á la legion 10.^a para que nos proteja; toquemos llamada, y si Lauriston se niega, le mandaremos que defienda á la Asamblea.”—“Mandémoslo por medio de otro decreto,” dijo Berryer. Se extendió el decreto, pero Lauriston se negó. Otro decreto, tambien propuesto por Berryer, declaraba traidor al que atentase ó hubiera atentado contra la inviolabilidad parlamentaria, y mandaba que se pu-

siera en libertad á todos los representantes que habian sido presos criminalmente. Todo lo dicho se votaba en seguida por unanimidad, sin discusion, en una especie de inmenso desórden y al través de una tempestad de diálogos furiosos. De vez en cuando Berryer imponia silencio, pero en seguida empezaba otra vez la algarabía y el tumulto.

—¡El golpe de Estado no se atreverá á venir hasta aquí! Aquí somos los señores y estamos en nuestra casa. Es imposible que nos ataquen aquí; esos miserables no se atreverán.

Si el rumor no hubiera sido tan fuerte, los representantes hubieran oido al través de las ventanas abiertas y cerca de ellos el ruido que producian los soldados cargando los fusiles.

Estos soldados componian el batallon cazadores de Vincennes, que acababa de entrar sigilosamente en el jardin de la Alcaldía y que esperaba órdenes cargando las armas.

La sesion, turbulenta y confusa al principio, fué tomando poco á poco su aspecto ordinario. La gritería concluyó por ser un simple murmullo. La voz del ujier, que gritaba: “¡Silencio, señores!” le dominó por completo. Cada momento entraban otros representantes y se adelantaban hasta la mesa para firmar el decreto de destitucion. El primero que firmó dicho decreto fué M. Dufaure y el último M. Betting de Lancaster. Uno de los dos presidentes, M. Benoist, hablaba á la Asamblea, y el otro, M. Vitet, pálido, pero sereno y firme, distribuia las instrucciones y las órdenes. Benoist ofrecia un continente reposado, pero su vacilacion en la palabra revelaba su turbacion interior. Las divisiones de la derecha no habian desaparecido ni aun en estos momentos críticos. Un miembro legitimista decia en voz baja de uno de los vicepresidentes:—*Vitet parece un sepulcro blanqueado.* Vitet era orleanista. Teniendo que habérselas con un aventurero como Luis Bonaparte, algunos personajes legitimistas del género cándido tenian verdaderamente miedo, pero un miedo cómico. El marqués de***, partidario oficioso de la derecha, iba y venia, gritaba, declamaba y temblaba. M. A. N., sudando, encendido y desalentado, exclamaba:—“¿Dónde está el cuerpo de guardia? ¿Cuántos hombres hay en él? Quién los manda? Un oficial? Pues enviádmelo. Viva la República! Guardias nacionales, vigilad! ¡Viva la República!

La derecha entera lanzaba este grito:—“¿Queréis matarla?” les decia Esquirós. Algunos estaban taciturnos. Bourbouson guardaba el silencio del hombre de Estado vencido. El vizconde de*** estaba tan asustado, que á cada instante se asomaba á una ventana de las que caian al patio. Entre la multitud que llenaba el patio habia un pilluelo de Paris que despues fué poeta inspirado y valiente, Alberto Gatigny, que gritó al asustado vizconde:—“¿Creéis que los golpes de Estado se apagan como Gulliver apagaba los incendios?” La risa es muy sombría cuando intervienen las tragedias.

Los orleanistas estaban más tranquilos y conservaban actitud más serena; les sucedia esto porque corrian verdadero peligro.

Pascal Duprat mandó poner á la cabeza de los decretos las palabras *República francesa*, que se les habian olvidado.

Las proposiciones se tocaban unas con otras; se oia allí murmullo continuo que cortaba algunas veces momentos de silencio profundo y solemne. Palabras alarmantes circulaban de grupo en grupo:—“Estamos en un callejon sin salida.”—“Nos han cogido aquí en una ratonera,” etc. etc. En voz baja se daban cita para la calle Chaussée d'Autin, número 19, previendo el caso de que los expulsasen de la Alcaldía. M. Rixio se llevaba el decreto de destitucion para hacerlo imprimir. Esquirós, Marc Dufraisse, Pascal Duprat, Rigal, Lherbette, Chamiot, Latrade, Coltavru, Antony Thouret daban á unos y á otros enérgicos consejos. M. Dufaure, resuelto é indignado, protestaba con autoridad. M. Odilon Barrot, inmóvil en un rincon, guardaba el silencio de la ingenuidad estupefacta. Passy y de Tocqueville referian á los grupos donde se encontraban que cuando fueron ministros les inquietaba continuamente el golpe de Estado, y que conocieron que ésta era la idea fija de Luis Bonaparte. M. de Tocqueville añadia:—“Todas las noches me decia á mí mismo: me duermo siendo ministro y quizá me despierte siendo prisionero.”

Algunos de los que se llaman *hombres de orden*, firmando el decreto de destitucion murmuraban:—“Hay que tener cuidado con la República roja,” y parecian temer tanto sucumbir como conseguir su objeto. M. de Vatimesnil estrechaba la mano de los hombres de la izquierda y les daba las gracias por estar allí presentes, diciéndoles:—“Vos-

otros nos haceis populares.” Y Antony Thouret le respondia:—“Para mí no hay hoy derecha ni izquierda; aquí no veo más que á la Asamblea.”

El más jóven de los dos taquígrafos daba á leer sus escritos á los representantes que habian hablado, les instaba para que los repasaran y les decia:—“No tendremos tiempo para volverlos á leer.” Algunos representantes que habian bajado á la calle enseñaban al pueblo copias del decreto de destitucion firmadas por los individuos que componian la mesa, que el pueblo aplaudia.

El dependiente de la Alcaldía permanecia en la puerta de la sala, é invadían la escalera guardias nacionales y concurrentes extraños. Varios de éstos llegaron hasta el mismo recinto de la Alcaldía, entre ellos el antiguo constituyente Beslay, hombre de gran valor. Quisieron hacerles salir, pero se resistieron diciendo:

—Tratais nuestros asuntos; sois la Asamblea, pero nosotros somos el pueblo.

—Tienen razon, contestó M. Berryer.

M. de Falloux con M. de Keranflech se acercaron al constituyente Beslay y le dijeron:—“Buenos dias, colega,” despues le recordaron que juntos habian formado parte de la comision de los talleres nacionales.

Cada uno hablaba desde donde se encontraba; éste subia á un banco, aquel á una silla, algunos á las mesas. En un rincon, algunos antiguos partidarios del orden se asustaban pensando en el triunfo posible de los rojos. En otro rincon, los de la derecha rodeaban á los de la izquierda y les preguntaban:—“¿No se sublevarán los arrabales?”

Sea de esto lo que quiera, y á pesar de estos detalles que no debíamos omitir, la actitud de los de la derecha, que constituian la gran mayoría de esta reunion, fué bajo muchos conceptos respetable y digna. Algunos de ellos demostraron tal resolucion y tal energía, que parecia que querian rivalizar con los miembros de la izquierda. Los monárquicos que hablaban de insurreccion popular y que invocaban el auxilio de los arrabales eran escasos en número. Antony Thouret propuso á los que allí eran jefes recorrer en corporacion los barrios populares con el decreto de destitucion en la mano. Pero cuando iban á salir se arrepintieron, diciendo que querian que les defendiese la fuerza organizada, pero no el pueblo. Cosa extraña, pero que debe

hacerse constar: acostumbrados á sus hábitos de miopía política, la resistencia popular armada, hasta en nombre de la ley, les parecía sediciosa. Todo lo más que podían soportar de apariencia revolucionaria era una legión de Guardia nacional, pero retrocedían ante las barricadas: para ellos el derecho vestido de blusa no era derecho; la verdad armada con una pica no era verdad; la ley desempedrando las calles les parecía una Euménide. Aparte de esto, y considerando lo que eran y lo que significaban como hombres políticos, estos miembros de la derecha que formaban parte de la mayoría tenían razón. ¿Qué hubieran hecho ellos del pueblo? Y el pueblo, ¿qué hubiera hecho de ellos?

En medio de las tinieblas que se acumulaban, en medio de la fatal complicación de las circunstancias, de las que el golpe de Estado sacaba partido odioso y pérfidamente; en medio de lo embrollado de la situación, era peligrosísimo encender la chispa revolucionaria en el corazón del pueblo. Ni el mismo Danton se hubiera atrevido.

El golpe de Estado entró descaradamente en esta reunión con el gorro de presidiario en la cabeza, con seguridad infame; allí, como en todas partes, aquella mayoría se componía de trescientos representantes del pueblo, y Luis Bonaparte envió un sargento para que los expulsara.

Viendo que la Asamblea resistía al sargento, envió á un oficial, al comandante interino del 6.º batallón de cazadores de Vincennes. Este oficial, joven, rubio y alegre, riendo y amenazando, señalaba con el dedo la escalera llena de bayonetas y ultrajaba á la Asamblea. —“¿Quién es ese pisaverde?” preguntó un miembro de la derecha. Un guardia nacional dijo: —“¡Arrojadlo por la ventana!—Dadle un puntapié en el trasero!” exclamó un hombre del pueblo, encontrando así ante el 2 de Diciembre, como Cambronne ante Waterlloo, la última y decisiva palabra. Esta Asamblea, aunque antes infringió agravios á los principios de la revolución, agravios que solo la democracia tenía derecho á echarle en cara, esta Asamblea era la Asamblea nacional, es decir, la encarnación de la República, el sufragio universal vivo, la majestad de la nación presente y visible; pues bien, Luis Bonaparte asesinó esta Asamblea, y además la insultó, y abofetear es peor que dar de puñaladas.

Los jardines de las inmediaciones, que ocupaba la tropa, estaban llenos de cascotes de botellas. Habían hecho beber á los soldados. Obedecían sencillamente á las charreteras, y según dijo un testigo ocular, estaban atontados. Los representantes les increpaban, diciéndoles: —“Éstais cometiendo un crimen! y ellos respondían:—No sabemos lo que quereis decir.

Se oyó que un soldado decía á otro: —“¿Qué has hecho de los diez francos que te han dado esta mañana?”

Los sargentos empujaban á los oficiales. A excepción del comandante, que quizás estaba ganando una cruz, los oficiales eran respetuosos, pero los sargentos brutales.

Un sargento gritó á un subteniente que parecía ceder: —“No mandais solo aquí. Vamos.

M. de Vatimesnil le preguntó á un soldado: —“¿Os atreveríais á detenernos á nosotros, que somos los representantes del pueblo?”—Ya lo creo... le contestó el soldado sonriendo.

Hubo soldados que oyeron decir á los representantes que no habían comido desde por la mañana, y les ofrecieron un pan de munición, que algunos de los representantes aceptaron.

M. de Tocqueville, que estaba enfermo y se había reclinado en el ángulo de una ventana, recibió de un soldado un pedazo de pan, que partió con M. Chambole.

Dos comisarios de policía se presentaron de uniforme, de frac negro, con fajín y sombrero con presillas negras. Uno era viejo, el otro joven; el primero se llamaba Lemaine Tacherat; el segundo Barlet. A todos chocó la audacia inaudita del último; su palabra era cínica, su gesto provocador, su acento sardónico. Con indescriptible insolencia, al intimar á la reunión para que se disolviera, añadió: —“Con razón ó sin ella.—¿Quién es ese truhán?” dijo una voz que salió de los bancos de la Asamblea. El otro comisario, comparado con éste, parecía moderado y pacífico.

Antes de que entraran Tacherat y Barlet, antes de que se oyese el ruido de los fusiles en la escalera, la Asamblea había pensado en resistir del modo que ya hemos referido. La mayoría no podía admitir más que la resistencia regular y militar, de uniforme y de charreteras. Decretar dicha resistencia era muy sencillo, pero organizarla era muy difícil. Los generales con que la mayoría contaba

siempre estaban presos; no había para ella más que dos generales posibles, Oudinot y Lauriston. El general marqués de Lauriston, antiguo par de Francia, coronel de la 10.ª legión y representante del pueblo, distinguía entre el deber de representarle y su deber de coronel. Intimidado por algunos de sus amigos de la derecha para que mandase tocar llamada y para convocar á la 10.ª legión, les respondió:

—Como representante del pueblo, debo acusar al Poder ejecutivo; pero como coronel, debo obedecerle.

Se encerró obstinadamente en este razonamiento singular y no pudieron sacarle de él.

—Cuidado que es bestia! exclamaba Piscatory.

—Cuidado que es terco! añadía Falloux.

El primer oficial de Guardia nacional que se presentó de uniforme fué monsieur Guilbot, jefe del tercer batallón de la legión 10.ª, y declaró que estaba dispuesto á marchar á la primera orden de su coronel el general Lauriston. Dicho general bajó al patio y subió un momento despues diciendo: —“Se desconoce mi autoridad y acabo de presentar mi dimisión.

Este general era poco simpático á los soldados. Oudinot era más conocido entre el ejército.

En el momento que se pronunció el nombre del último general, se notó un estremecimiento en la reunión, que casi se componía de la derecha. En este momento crítico el nombre fatal de Oudinot hizo surgir muchas reflexiones en los espíritus.

¿Qué era el golpe de Estado?

Era la expedición de Roma al interior; contra quién? contra los que hicieron la expedición de Roma al exterior. La Asamblea nacional de Francia, disuelta violentamente, solo encontraba para defenderse en su hora suprema un general, y precisamente este general era el que en nombre de la Asamblea nacional de Francia disolvió violentamente la Asamblea nacional de Roma. ¿Qué fuerza podía tener para salvar una República? ¿No era natural que sus propios soldados le contestasen: “Por qué nos reconvenís? Lo que nos mandásteis hacer en Roma es lo que estamos haciendo en París.” La Cámara legislativa francesa escribió el capítulo primero con la sangre de la Constituyente romana, y la Providencia escribía el capítulo segundo con la san-

gre de la legislativa francesa. Luis Bonaparte llevaba la pluma.

En 1849 Luis Bonaparte asesinó la soberanía del pueblo en la persona de sus representantes romanos, y en 1851 la asesinaba en la persona de sus representantes franceses. Esto, aunque era infame, era lógico.

La Asamblea legislativa sufría á la vez el peso de dos crímenes: era cómplice del primero y víctima del segundo.

Todos los miembros de la mayoría lo conocían y se encorvaban; en realidad el mismo crimen, el de 2 de Julio de 1849, siempre de pié y siempre vivo, no hizo más que cambiar de nombre; en este momento se llamaba el 2 de Diciembre, y engendrado por esta misma Asamblea, la daba de puñaladas. Casi todos los crímenes son parricidas, y llega un día en que se rebelan contra sus autores y los matan. En estos momentos de reflexión, M. de Falloux debió buscar con la vista á Montalembert, pero éste estaba en el Elíseo.

Cuando Tamisier se levantó y pronunció esta frase terrible: —“*El asunto de Roma*, M. Dampierre, asustado, le gritó:

—Callaos; nos estais matando.

No era Tamisier quien los mataba, era Oudinot, y Dampierre no comprendía que no se puede hacer callar á la historia.

Dejando aparte este recuerdo funesto, que desconcertaría en semejante momento al hombre de cualidades militares más extraordinarias, el general Oudinot, excelente oficial y digno hijo de su valiente padre, no poseía ninguna de las cualidades culminantes que en la crítica hora de las revoluciones conmueven al soldado y arrastran al pueblo. En aquellos momentos solemnes, para inclinar á la parte contraria un ejército de cien mil hombres; para encontrar tras el vino derramado en el pecho de los pretorianos el alma verdadera del soldado francés, medio ahogada y casi muerta; para arrancar la bandera al golpe de Estado y entregársela á la ley; para hacer que la Asamblea destellase rayos y relámpagos, era preciso ser uno de esos hombres que ya no existen; se necesitaba la mano firme, la palabra tranquila, la mirada fría y profunda de Desaix, ese Focion francés; se necesitaba los hombros anchos, la estatura gigantesca, la voz tonante, la elocuencia injuriosa, cínica y sublime de Kleber, ese Mirabeau militar. Desaix, el modelo del hombre justo, ó Kleber, la imagen del león. El general